

19) Cuidar del prójimo

A fin de que el sentimiento de compasión no se degrade en un sentimentalismo estéril, es necesario seguir el camino del Samaritano de la parábola, lo que equivale a seguir a Cristo que nos muestra, hasta morir en la Cruz, lo que significa de verdad ser el prójimo misericordioso del otro.

Para seguir este camino, la parábola del buen Samaritano nos ofrece algunas indicaciones preciosas. En ella, la compasión se hace proximidad, y la proximidad se hace cura, se hace cargo de la necesidad del otro. Podemos decir que la libertad responsable *se activa* en el destello y en el movimiento de la compasión, *se determina* en el hecho de hacerse cercano, pero *se realiza* de verdad al asumir la necesidad, el cuidado, la solicitud caritativa, la obra de misericordia.

Lo importante aquí no es el modo en el que el Samaritano presta los primeros auxilios al hombre herido, sino cómo introduce en su vida la necesidad del otro. El buen Samaritano es muy preciso, y casi meticuloso al hacerse cargo de esta situación de emergencia; hace todo lo que el otro no puede hacer: limpia, desinfecta y alivia sus heridas; se las venda; lo carga sobre su cabalgadura; lo lleva en sus brazos a la primera posada que encuentra y pasa la noche, seguramente crítica para el herido, velándolo, cuidándolo. En fin: obedece a la realidad y al realismo de la necesidad de aquel hombre.

Pero al día siguiente lo deja. Tiene que marchar; ha de continuar su viaje. Debe haber una urgencia, una tarea a la que no puede renunciar. No puede dejarse absorber totalmente por la necesidad de aquel hombre. Existen obligaciones familiares, profesionales, o de otro tipo, respecto a las cuales ha de ser igualmente responsable. Hay otras personas para las que debe ser prójimo, de las que tiene que cuidar. El hombre herido que ha recogido ya no tiene urgentemente necesidad de su presencia como durante la noche precedente. Y el Samaritano comprende que no puede hacerse cargo de él por sí solo. Comprende que para asumir plenamente las diferentes responsabilidades de su vida, también él necesita ayuda, no puede gestionar todo él solo. Pide la ayuda del posadero; le pide que participe en su elección de hacerse prójimo del hombre herido. No se lo confía para desembarazarse de él: asume los gastos, volverá a verlo y, muy probablemente, será él mismo quien lo llevará a casa. Pero no hace todo por sí solo.

La parábola nos hace comprender de esta forma que la responsabilidad, la respuesta a la necesidad del otro que hace de nosotros el prójimo encarnando la compasión, no se hace sin un discernimiento. Jesús, al describir las acciones del Samaritano, nos transmite un sentido del orden, de la ayuda razonable, organizada, ponderada. Expresa un justo sentido de la necesidad, pero también de la respuesta a la necesidad. Es una caridad ordenada, ponderada, medida, incluso en el uso del dinero: el Samaritano da dos denarios, ni más ni menos; y si no fuesen bastante, arreglará cuentas a su vuelta, pero había calculado y valorado que serían suficientes. Hacerse el prójimo del otro no significa apartarle a él y a su necesidad del conjunto de la realidad, sino afrontar su miseria y hacerse cargo de él, dándole una atención global; estando también atentos a nuestras posibilidades y a nuestros límites

Y aquí podemos encontrar de nuevo a san Benito, la actitud que pide hacia las necesidades de los hermanos, de los enfermos especialmente, de los huéspedes, de los peregrinos, etc. Por esto, después de haber meditado sobre el encuentro de Jesús con un doctor de la Ley y sobre la parábola del buen Samaritano, que Jesús le cuenta, quisiera volver a la Regla de san Benito, a la luz de lo que esta página del Evangelio nos ha permitido comprender.

Las preguntas que se plantean el doctor de la Ley y Jesús en el evangelio sobre el buen Samaritano, están muy presentes en la Regla. ¿Qué hemos de hacer para heredar la vida eterna? ¿Quién es nuestro prójimo? ¿Soy el prójimo de los demás? Toda la Regla está atravesada por estas preguntas, y san Benito, como Jesús, no las deja sin respuesta. Él nos transmite las respuestas del Evangelio, las respuestas de Cristo. Pero nos las transmite en una Regla de vida, en un camino de vida en el que las preguntas deben afrontarse en las circunstancias concretas de la vida personal y comunitaria.

Tomemos pues una situación concreta que nos presenta la Regla: el cuidado de los enfermos, en el capítulo 36. Este capítulo describe un modo de aplicar concretamente la parábola del buen Samaritano y, por lo tanto, de encarnar la compasión hacia el otro y la responsabilidad ante su necesidad.

San Benito, como el Samaritano, parte de la necesidad, de la dificultad del otro: “Ante todo y sobre todo, se cuide de los enfermos” (36,1). Los enfermos están ahí, la enfermedad les ha asaltado, ellos la sufren, y, normalmente, no es culpa suya. Como en la parábola tampoco es culpa del hombre herido que los bandidos le hayan agredido, pegado y dejado medio muerto. Se puede dar que haya habido alguna responsabilidad: que se haya sido imprudente al pasar por aquel camino, quizá a una hora peligrosa, o mostrando demasiado su riqueza con los vestidos que llevaba, con su cabalgadura, con el equipaje que llevaba... Para el Samaritano, esto no es lo importante, porque ahora el hombre está allí, caído por tierra, medio muerto, despojado de todo. Se trata de una realidad ante la cual el problema ya no es la responsabilidad del enfermo, sino la de quien lo ve y lo puede socorrer. Por lo tanto, el cuidado de los enfermos debe partir de su enfermedad, de su estado de necesidad. El cuidado de los enfermos es la respuesta a una necesidad existente.

Pero aquí san Benito hace un pequeño paréntesis en este capítulo escrito esencialmente para quien debe cuidar y servir a los enfermos: se dirige a los mismos enfermos, haciendo una observación que merece la pena ser meditada: “Pero los enfermos piensen a su vez que son servidos por amor de Dios y no entristezcan con exigencias superfluas a los hermanos que les atienden” (36,4).

Se puede dar un abuso en la forma de vivir la propia enfermedad, de usarla en la relación con los hermanos. Es el abuso en la relación entre la propia necesidad y la responsabilidad que se pide a los demás. El abuso no está en la necesidad, en el hecho de necesitar de los demás, sino en el uso que se puede hacer de aquella necesidad. El abuso está en la pretensión, en la exigencia que se hace recaer sobre el otro a través de la necesidad. El abuso extremo consiste en llegar a crear la necesidad, en este caso la enfermedad, para provocar y conseguir la ayuda de los demás, para llegar a ser dependientes de los demás, y, sobre todo, para que los demás sean dependientes de nuestra dependencia.